

VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.

# **El Intelectual en la posmodernidad, ¿vocación o profesión?.**

Claudia Uhart.

Cita:

Claudia Uhart (2004). *El Intelectual en la posmodernidad, ¿vocación o profesión?.* VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/567>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## **El Intelectual en la posmodernidad, ¿vocación o profesión?**

Claudia Uhart

Docente e investigadora. U.B.A.

Facultad de Ciencias Sociales

[Cclauhart@aol.com](mailto:Cclauhart@aol.com)

### **Introducción**

La concepción acerca del carácter irreversible de los cambios que la modernidad trajo, de la inevitabilidad de ese influjo en el sentido de su universalización, marcó a esta etapa como el punto más alto del desarrollo. La forma en que se había articulado esta experiencia desde adentro, proporcionaba un marco de referencia para la percepción de las formas no modernas de vida. No había ningún punto de observación exterior para la percepción de la modernidad, en este sentido era autorreferencial y autoconvalidante.

A partir del debate posmodernista aparece una mirada que visualiza a la modernidad como un objeto cerrado, como un episodio de la historia con un principio y un final, como un error histórico que debía rectificarse.

El concepto de posmodernidad se refiere a una cualidad distintiva del clima intelectual, a una autoconciencia particular cuyo rasgo fundamental es cierto consenso acerca de que la modernidad es un capítulo cerrado de la historia. Así, este saber reordena el conocimiento y pone de relieve los aspectos más

importantes de la modernidad: la confianza en si misma, la noción de totalidad y universalidad, la certidumbre.

En cambio, la más intensa de las experiencias posmodernas es la falta de confianza en si misma y el abandono de esa búsqueda de certidumbre, reconciliándose con una concepción en la cual la incertidumbre es permanente e irremediable. Como afirma Bauman, hoy sólo podemos tener dos certezas: “que hay pocas esperanzas de que los sufrimientos que nos produce la incertidumbre actual sean aliviados y que sólo nos aguarda más incertidumbre”.(Bauman, 2001,33)

Esta crisis es una construcción intelectual y refleja la experiencia colectiva de quienes enuncian las identidades propias de sus épocas y sociedades. Así, la crisis de cierto proyecto histórico se presenta también como la crisis de una representación y de una función específica: la del intelectual.

El intelectual como dador u organizador de sentido, desde su lugar de legislador o de intérprete, controlaba los mecanismos transformadores de la incertidumbre en certidumbre, y este lugar en una configuración societal nos habla de las características de la misma y de su forma de reproducción.

Si consideramos la función intelectual como invariante de toda sociedad en relación a la incapacidad de los hombres para controlar su vida practica o idealmente; ¿cuál sería la especificidad de esa función en la posmodernidad y cuáles sus posibilidades de realización?

**¿Profesión versus vocación?**

Muy ligado al clima de la modernidad, Julien Benda concibió a los intelectuales como un reducido grupo de filósofos moralmente capacitados que constituirían la conciencia de la humanidad, éstos aparecían como personajes simbólicos marcados por su distanciamiento con respecto a las cuestiones prácticas. Su postura se ha interpretado también como una crítica a aquellos intelectuales que renuncian a su vocación y a sus principios, movidos por intereses materiales y pragmáticos. Sin embargo también afirma que no aprueba al intelectual totalmente liberado de compromisos, sino que se refiere a sujetos que guiados por una pasión desinteresada, sostienen valores e ideas universales y se oponen a todo aquel que obstaculice esa búsqueda. Es así como fundamentalmente se sitúan en un estado de oposición casi permanente al statu-quo. La figura del intelectual aparecía, de esta manera, como la de alguien capaz de decirle la verdad al poder, con una vocación de transformación a partir de una profunda mirada crítica.

Según Walzer las figuras del descubridor y del crítico son permanentes, transhistóricas y no propias de la modernidad, sino de todas las épocas. El crítico social interpreta y juzga siempre desde una moralidad existente y desde una cultura común, ya que vivimos en una comunidad moral y cultural.

Estas reflexiones me conducen a formular varios interrogantes:

¿Cuáles serían hoy esa comunidad moral y esa cultura común?

¿Cómo se sitúa el crítico social en ellas?

¿Cuál es su relación con la palabra pública y con la categoría de “compromiso”?

## **El intelectual orgánico**

Tomando la categoría de “compromiso”, considero necesario citar a Gramsci para quien el intelectual a partir de su práctica construye “universos de sentido”. Es un especialista y un político, y cumple una función principalmente organizativa y directiva, ligada a la construcción de hegemonía a partir de su relación orgánica con una clase fundamental (Gramsci, 1975) Por eso sostiene que toda clase social que quiere convertirse en dirigente y dominante debe generar sus propios intelectuales orgánicos, que serán los “funcionarios” de esa clase en la tarea de crear una determinada concepción del mundo ligada a esos intereses. Les asigna, por lo tanto, una función primordial en la construcción de hegemonía, entendida como dirección económica, cultural y moral, conformando de esta manera una cosmovisión naturalizada y legítima de la realidad al difundir un determinado sentido común. Si bien para Gramsci la hegemonía se construye y afianza en el ámbito de la sociedad civil, culmina en la articulación con la sociedad política, sobre todo si nos remitimos a la idea de complementariedad de funciones entre corporaciones privadas, en las cuales prima el componente consensual, y organismos gubernamentales, garantes en última instancia de la obediencia por medios coercitivos.

Los intelectuales orgánicos se implican activamente en la sociedad, son difusores de una determinada visión de la realidad, están siempre en movimiento, tratando de obtener el consentimiento y guiar la mirada y la opinión de votantes y consumidores.

En este inicio de siglo, todo aquel que tiene una función directiva y activa en cualquiera de los campos relacionados tanto con la producción, como con la distribución y difusión de conocimiento, es decir de bienes simbólicos o valores postmateriales, es un intelectual orgánico en el sentido de Gramsci, por lo que podrá estar ligado a los intereses de una elite globalizada, ideológica y culturalmente dirigente, que representa en gran medida los intereses económicos de los grupos transnacionales, aunque muchas veces esto no sea aceptado ni explicitado por los protagonistas. También Gramsci señala con preocupación la dificultad que tienen los sectores subalternos para generar intelectuales orgánicos y la importancia que esto tiene en relación a la posibilidad de transformar la visión de la realidad.

### **Los “nuevos intelectuales”**

En las últimas décadas se produjo un proceso que llevó a un aumento importante del número de especialistas en producción y difusión simbólica, modificándose también su vinculación con los demás grupos sociales. En relación estrecha con ciertas instituciones, y en muchos casos con un contacto fluido con los medios de comunicación masiva, los “nuevos intelectuales”, manipuladores de símbolos, contribuyeron a una expansión de los rasgos propios de la cultura posmoderna, situándose en un lugar sino aliado, al menos complaciente con el poder, estrechamente asociado al mercado durante las últimas décadas. Se hace evidente, de esta manera, la contradicción entre la necesaria libertad y autonomía

en relación al pensamiento y la actuación de los intelectuales, y la presión y preocupación por agradar a un empresario, a una audiencia o a una institución académica.

Russell Jacoby a través de la publicación de su polémica obra “Los últimos intelectuales”, plantea una dura crítica a los intelectuales académicos y a los intelectuales funcionarios, deseosos de agradar a diversos patrones y agencias, ufanos de sus credenciales académicas y ligados a estructuras que lejos de promover el debate, se limitan a establecer jerarquías y reputaciones.

Este planteo coloca en el centro de la escena la cuestión del “profesionalismo”, vinculando al intelectual con una actitud ligada a la no transgresión de los límites y paradigmas aceptados, aunque esto aparezca muchas veces revestido de ironía y perpetua transgresión. De esta manera, se convierten en figuras presentables y vendibles en el mercado, instalándose en una lógica de “recompensas y castigos”.

Estos “nuevos intelectuales”, también llamados por Featherstone “nuevos intermediarios culturales” (Featherstone, 1991; 86,87) tienen un papel fundamental en la transmisión de la ideología capitalista-neoliberal y en la reproducción y consolidación del sistema simbólico que la legitima. Se constata una fuerte identificación con el modelo o estilo de vida del capitalismo flexible y con la lógica de la corporación transnacional. Este proceso se asocia a valores como el consumo y la inmediatez, apareciendo un individualismo ligado a un estilo de vida libre de ataduras y compromisos rígidos, creativo y natural, espontáneo y cínico, ligado estrechamente a la idea de “pertenecer” que remite ineludiblemente al ámbito del “mercado”.

En este sentido, la especialización aparece como una forma de presión instrumental general que contribuye a rendir culto a la figura del “experto” avalado por el certificado correspondiente, con el fin de mantenerse dentro del territorio “adecuado”.

Como afirma Bourdieu, estos nuevos intelectuales muchas veces se ven atravesados por un desajuste entre sus mesiánicas aspiraciones y la realidad de su práctica, forzados a cultivar la incertidumbre de su identidad social para poder aceptarla, orientados a las místicas narcisistas como sustituto de la esperanza de comprender o cambiar el orden social existente. ( Bourdieu, 1988; 370)

Si consideramos que el intelectual no es un funcionario entregado a los objetivos de un gobierno, una corporación o una institución, esa postura profesional caracterizada por ganar y repartir recompensas del poder, no es el mejor incentivo para el ejercicio de un espíritu crítico y relativamente independiente de análisis, aunque desde lo discursivo exista una evocación permanente a la libertad y a la creatividad ligada a la dimensión estética mucho más que a la ética. Surge así en el marco del capitalismo tardío el concepto de reflexividad como dimensión fundamental, constituyéndose un nuevo tipo de racionalidad. Son principalmente los sistemas abstractos, como las instituciones culturales y mediáticas, los que ofrecen y solicitan nuevas formas de identificación a partir de la difusión de un capital cultural estético. ( Lash,1998; 65-70)

El intelectual forma parte inevitablemente de la vida política, ejerce una palabra pública en un contexto y una sociedad determinada, tiene una estrecha conexión con el proceso del cual forma parte, y por lo tanto es fundamental el nivel de compromiso personal y social con ideas y valores dentro de la esfera pública, ya

que desde ese lugar ejerce su función de “dador o intérprete de sentido”. Pero frente al terrible proceso de fragmentación y exclusión social vivido durante las últimas décadas, esta función también entra en crisis.

En relación a esto me pregunto si se puede hablar de un colapso de la “intelligenza” global frente a los grandes problemas de la humanidad y de las mayorías.

El colapso de la clase intelectual global no alcanza, por supuesto, a todos sus estratos con la misma profundidad.

Durante la segunda mitad del siglo XX, la eliminación física de toda una generación de intelectuales mediante el terrorismo de Estado y el exilio forzado, afectó fuertemente la posibilidad de producción de teoría crítica en los países latinoamericanos afectados por las dictaduras militares.

Con la llegada del proceso de democratización el sistema tomó una serie de medidas destinadas a prolongar los efectos “educativos” de la lección del terror en medio de la democratización formal. En términos generales, a partir de ese momento, el Estado no necesitó censurar las prácticas intelectuales de manera represiva, porque muchos de los intelectuales se adecuaron a los límites de la disidencia y del discurso “respetable” definido implícitamente por el poder.

La situación de la “intelligenza” académica y comunicacional, atravesada por las reformas neoliberales, refleja una fuerte burocratización y oportunismo político que, en diferentes grados, ha sofocado la creatividad y el compromiso social.

Las reformas universitarias neoliberales cumplieron el objetivo fundamental de la contrarreforma educativa del sistema, tendiente a convertir a las universidades, que atravesaban por un largo proceso de lucha para convertirse en instituciones

pluralistas y democráticas, en organismos técnico-burocráticos en nombre de la eficiencia del trabajo académico.

Pero esto se acompaña sobre todo en el mundo subdesarrollado, de una precarización feroz de las condiciones de trabajo que favorece cierto grado de sometimiento y de colonización cultural a partir del discurso del “nuevo orden”. Los sistemas principales en relación a la conformación de la identidad son los ambientes laborales, los medios masivos de comunicación y el sistema educativo formal. En los tres sistemas se percibe una tendencia homogeneizante: las relaciones laborales son reestructuradas conforme a los criterios de rentabilidad de las empresas transnacionales, los medios de comunicación se convierten en herramientas privilegiadas de transmisión de ideología, estilos de ser y de pensar propias de los países hegemónicos, y los sistemas educativos sufren la sustitución acelerada de sus contenidos históricos, de sus sistemas de evaluación y de su filosofía educativa.

En este sentido, me pregunto si existe una autocolonización del intelectual latinoamericano.

¿Es el conocimiento, como afirmaba Gouldner, una de las mayores esperanzas, o por el contrario, son el sistema educativo y los medios de información y comunicación los principales resortes para la adecuación de la identidad latinoamericana a las renovadas formas de dominación del neoliberalismo global ? La privatización de la educación y su conversión en mercancía, su sumisión bajo los dictados de los organismos internacionales y su creciente subordinación a los intereses corporativos, son las tendencias retrógradas observables actualmente. Mientras, las nuevas tecnologías construyen un “Mundo Feliz” en el que todo se

torna posible de manera eficaz, veloz e inmediata, pero al cual pertenece sólo una reducida minoría

Si la identidad tiene que ver con diálogos de poder y son aquellos que poseen el poder simbólico quienes establecen “atribuciones de sentido”, ¿es posible en el escenario actual, depositar en la figura del intelectual una función que se ligue a la reconstrucción social y humana, frente a una polifonía de lenguajes que legitiman la exclusión y la creciente desigualdad social?

## BIBLIOGRAFIA

Bauman, Zygmunt, *Legisladores e intérpretes* (1998) Univ.de

Quilmes,

*En busca de la Política* (2001) Buenos Aires,

F.C.E.

Benda, Julien, *La trahison des clercs* (1927) París, Grasset.

Bobbio, Norberto, *La duda y la elección: Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*,(1998) Bs.As., Paidós.

Bourdieu, Pierre, *Campo de poder y campo intelectual*, Buenos

Aires, Folios.

*La Distinción*.(1988) *Criterio y bases sociales del gusto*,

Taurus, Madrid.

Brunner J. Y Flisfish (1983) *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*, Sgo.de Chile, Flacso.

Castro Gomez, S y Mendieta E.(1998) *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, postcolonialidad y globalización en debate*, México, Porrúa, 1998.

Featherstone, Mike (2000) *Cultura de consumo y posmodernismo*, Bs.As., Amorrortu editores.

Gramsci, Antonio (1975) *Los intelectuales y la organización de la cultura*, México, Juan Pablos editor.

Gouldner, Alvin (1979) *The future of Intellectuals and the rise of the New Class*, New York, Seabury Press.

Jacoby, Russell (1987) *The Last Intellectuals : American Culture in the Age of Academe*, Noonday Press, New York.

Jameson, Fredrick (1999) *El giro cultural*, Bs.As., Manantial.

Lash, Scott; Urry, John (1998) *Economías de signos y espacio*, Buenos Aires, Amorrortu.

Said, Edward (1996) *Representaciones del intelectual*, Bs.As., Paidós.

Sarlo, Beatriz (1994) “¿ La voz universal que toma partido? Crítica y autonomía”. Bs.As., Punto de Vista N° 50.

Shils, Edward (1982) “*The intellectuals and the powers*”, in *The constitution of society*, The University of Chicago Press.

Walzer, Michael, *La compañía de los críticos. Intelectuales y compromiso político en el Siglo XX*, Nueva Visión.











































*BIBLIOGRAFIA*





